



*BREVE Y COMPENDIOSA RELACION DE LAS PROEZAS,
y hechos memorables del invencible y atrevido BADULAQUE
primo y capitán general de las armadas navales del
siempre invicto rey de Bastos.*

Escandalicese el mundo,
tiemble el infierno cobarde,
los hombres se atemorizen,
visten de temor los aires,
porque sale á la campaña
el valiente Badulaque:
el que á Jauja dió renombre
con hechos muy memorables:
aquel rufo, cuyas obras
ocupan en los anales
treinta resmas de papel;
poco he dicho pero basta.
Yo soy quien le di la muerte
á aquel famoso gigante

de la puente de Mantible,
que le llamaban Galatre.
Después que en España hice
hazañas inmemorables,
me pasé á la gran Turquía,
en donde estando una tarde
dentro de Constantinopla,
paseándome en el parque,
vide pasar el gran Turco,
acompañado de grandes:
sin hacerme acatamiento;
yo rebotando en coraje,
aleé la mano, y le di
un bofetón arrogante.

abalancéme furioso,
á tiempo que en fiesta y baile
estaban en una sala
muchas damas y galanes;
iba á sacar el acero,
pero antes que lo sacase,
se cayeron todos muertos,
solo con ver mi semblante.
Salí de allí al momento.
me fuí derecho á la cárcel;
llegué allá y con desenfado
al carcelero las llaves
le pedí, darlas no quiso;
conque levantando el guante,
le tiré tan fuerte golpe,
que se quejó el miserable
aplastado contra el suelo,
hecho una torta de carne,
y de un puntapié las puertas
eché en el suelo al instante,
soltando todos los presos,
y á mi amigo Chiquisnaque.
Fuí á salir puerta afuera,
y hallé atajada la calle
de ministros de justicia,
y soldados arrogantes,
con dardos; con escopetas,
y otras armas desiguales.
Yo al momento echando mano
al acero relumbrante,
me planté en medio de todos,
diciendo: viles, cobardes,
al valor de aqueste brazo
hoy morireis como canes,
yá corto piernas y muslos,
ya cabezas y gáznates,
que á seis heridas por golpe
me salían muy cabales.
A rebato las campanas
tocaron luego al instante:

toda la ciudad acude
á prenderme ó á matarme;
pero yo en medio de todos
me revuelvo como un padre.
Al fin me dejaron solo,
huyendo como cobardes;
por á no huir, vive crispo,
cada uno por su parte,
la pobre ciudad quedara
como escuela de danzantes.
Salimos pues yo y mis presos,
que habian vuelto á la cárcel;
y viendo que en este mundo
no me componia nadie,
me partí para el infierno,
que dicen hay hombres grandes.
Los demonios que supieron,
que iba yo á desafiarles,
cerraron todas las puertas,
temerosos y cobardes.
Como jugando les di
un puntapié y al instante
cayeron hechas pedazos,
dejando la entrada facil.
Llegué al Leteo, que es rio
de muy copiosos raudales;
quise pasar por la barca,
y un diablo muy arrogante,
á quien llaman Aqueronte,
quiso estorbarme el pasage,
y lo eche dentro del rio,
en cuyas corrientes yace.
Pasé al fin al otro cabo,
y estando de esotra parte,
salió á mi como un demonio
el Cancérvero espantable.
Me embistió; mas yo valiente
lo agarré del gáznate,
y le arranqué la cabeza,
dejándolo palpitante.

con tal aire y con tal brio,
que aunque es la distancia grande,
cien muelas y cien quijadas
fueron á parar á Flandes.
Alborótanse los Moros,
y yo sacando el alfange,
corté cuatrocientas piernas
rompí cuatro mil turbantes,
murieron cinco mil Turcos,
estos solo de mirarme
el rostro ayrado y severo,
y nueve mil á mi alfange.
Pidió pactos el gran Turco,
á fin de que me aquietase,
yo entonces les dije á todos,
que con tal que me jurasen
de comer tocino gordo,
no iria el pleito adelante.
Juraron por su profeta
Mahoma, que en los altares
de la gran casa de Meca
asiste alegre y triunfante,
de comer jalú cocido
con sal, pimenta y vinagre.
Fuíme desde allí al gran Cayro,
donde con un arrogante
matasiete tuve un choque,
y en un punto, en un instante,
fué á cenar á los infiernos
y eran las tres de la tarde,
pues lo cogí entre las palmas,
y apretando al miserable,
el zumo le hice que diese
por las mas menudas partes.
Aculan á darme muerte
sus amigos y parciales;
mas yo entre perros de falda,
sin que me altere ni espante,
un zurrón lleno de orejas
saqué no mas de este lance.

Con aquestas niñerías
voló mi fama en el ayre,
tanto que todos temblaban,
en nombrando á Badulaque.
Dicen Virgilio y Horacio
en sus escritos notables,
que mató Aquiles á Hector;
pero mienten como infames,
que yo lo maté. Fué el caso,
que hoyendo hazañas tan grandes
enfadado de que hubiese
otro hombre que me igualase,
me partí á Frigia á buscarlo,
y en un espacioso valle
lo encontré por su desgracia
con cien hombres de su parte;
les acometí animoso,
y á los golpes de mi alfange
rindieron todos sus vidas,
sin que nadie se escapase.
A Hércules y á Perseo
los maté por delatarme;
maté á Amadiz de Niquea,
y á Domiciano el gigante,
sin otros mil estafermos,
que no quiero ahora acordarme.
Un dia en una pendencia
tiré un tajo tan pujante
á un hombre, que de alto á bajo
quedó hecho dos mitades.
Diéronme ciertas noticias,
que mi amigo Chiquisnaque
en Flandes estaba preso,
y allá me partí al instante,
donde supe por estenso,
que cierta muger su amante
era causa que á galeras
al dicho lo sentenciasen.
Informéme de su casa,
y un domingo por la tarde

Rufian, Melec, y Alecto,
con sus furias infernales,
acudieron como un rayo;
mas yo encendido en corage,
los así á todos tres juntos,
y fueron de la otra parte
á parar de los infiernos
ochenta leguas cabales.
Tambien maté las Arpías
y Verbenas arrogantes.
Llegué á cortes del infierno
y Luzbel mandó al instante,
saliesen á recibirme
con trompetas y tímboles.
Entré, y el diablo cojuelo
me hizo no sé que visages,
y allí de una tabanada
le deshice los quijares,
Bercugo y Nayben sus primos
se empeñaron en vengarle,
mas quedaron castigados
de aqueste brazo arrogante.
Receloso de mis hechos,
procuró Luzbel galante,
para tenerme contento
en su corte regalarme.
Me llevó á ver sus jardines,
sus retretes y sus parques,
sus edificios y torres
y sus fuertes baluartes.
Todo lo ví muy de espacio,

aunque con disgusto grande,
porque hace en aquella tierra
un calor intolerable.
No quise pues parar mucho
en tierra tan detestable:
díen breve vuelta á mi casa,
y en ella encontré á mis padres.
Alegres me recibieron,
y yo traté de aquietarme,
despues de haber hecho tantos,
arrestos y atrocidades
que no caben en la pluma.
y ni en la memoria caben.
Doscientos mil muertes tengo
hechas por mis crueldades;
las caras que yo he cortado,
han sido diez mil cabales;
y las redomas de tinta
que dado en diversas partes.
han sido mil y quinientas;
estocadas penetrantes.
Heridas y cuchilladas,
han sido dos mil millares.
Ciento y dos mil bofetadas
he dado, que el rostro en sangre
bañaba con cada ura,
tan civil como arrogante.
Esta es pues la vida ilustre
del valiente Badulaque,
y si hay quien me compita;
valiente ó jaque, que hable.

FIN.

Barcelona Imprenta de Ignacio Estivill calle de la Boria.

SLPC. Biblioteca d'Olot



1035058035

0494-14860